

vida me abandona por momentos. Mi querido hermano, quisiera recibir los últimos sacramentos. Id pronto á reunir á nuestros hermanos y pedid que vengan á administrármelos. ¡Ay! añadió con aire preocupado, moriré sin saber si su alma se ha reconciliado con la mía, he dormido profundamente; no he oído su voz durante mi sueño. ¡Ah! él amaba más á su libro que á mí; bien se lo decía yo cuando se hallaba entre nosotros: Maestro, todos vuestros afectos residen en vuestra inteligencia, vuestro corazón nada tiene para nosotros. Esta es la historia de los hombres fuertes y de los hombres débiles. Cuando damos contento al espíritu de los fuertes, este condesciende en venir hasta nosotros, pero nosotros, aprobamos ó no sus especulaciones, nuestro corazón les queda siempre adicto:

—Padre Fulgencio, no digais eso exclamé estrechándole entre mis brazos con un movimiento involuntario y sin pensar en aplicarme un reproche que no se dirigía á mí; esta sería la primera, la única herejía de vuestra vida. Los hombres verdaderamente fuertes aman apasionadamente y vos habeis amado tanto porque sois uno de esos hombres. Tened valor en esta hora suprema. Si habeis pecado contra la ciencia de la Iglesia permaneciendo fiel á la amistad, Dios os absolverá porque prefirió el amor á la inteligencia.

—¡Ah! tú hablas como hablaba mi maestro, exclamó Fulgencio. Hé ahí la primera palabra grata á mi corazón que he oído durante sesenta años. Bendito seas, hijo mío. Te repetiré la bendición de Espiridion: «Quiera el Todopoderoso en tus últimos

días concederte un amigo fiel y apasionado cual tú lo has sido para mí.»

Recibió los sacramentos con grandísimo fervor. Toda la comunidad asistía á su agonía. Los religiosos que no cabían en la celda se habían arrodillado formando dos hileras en ambos lados de la galería, desde la puerta hasta la gran escalera que se divisaba en el fondo. De pronto, Fulgencio que parecía esperar en muda beatitud, se reanimó y atrayéndome hácia él me dijo al oído: *Viene, sube ya la escalera; vé á recibirle.* No entendiéndome nada de aquella orden, pero obedeciendo con aquella ceguedad que los moribundos tienen el derecho de exigir, salí pasivamente, sin turbar el recogimiento de los religiosos, atravesé el umbral y dirigí mis miradas hácia la profundidad de la abovedada escalera en donde en aquel momento nadaba el ardiente vapor del sol. Los novicios colocados detrás de los profesos, estaban de rodillas á cada lado de las escaleras. Ví entonces á un hombre subir sus peldaños y acercarse con viveza. Su paso era ligero y magestuoso á la vez cual lo es el de un hombre activo revestido de autoridad. Reconocí al momento en su alta y elegante estatura, en su cabellera rubia y dorada y en su antiguo vestido. Todo correspondía exactamente á la descripción que de él, muchas veces me había hecho Fulgencio. Atravesó las dos hileras de monges que en voz baja recitaban las letanías de los santos, sin que nadie notara su presencia, aun cuando yo lo veía como la luz del día y aun cuando sus pasos rápidos y sonoros hirieran mis oídos.

Entró en la celda. Cuando pasó cerca de mí

caí de rodillas. Sin detenerse volvió la cabeza hacia mí y me miró fijamente. Acercóse á la cama, tomó la mano de Fulgencio y se sentó á su lado. Fulgencio, no hizo movimiento alguno. Su mano estaba inmóvil dentro de la de su maestro; su boca yacía entreabierta, sus ojos fijos y sin acción. Mientras duraron las letanías, la aparición permaneció inclinada sobre Fulgencio. En el momento mismo que terminaron, éste se enderezó sobre su lecho y estrechando convulsivamente la mano que tenía la suya, gritó con potente voz:

«*Sancte Spiridion ora pro nobis*» y cayó muerto. El fantasma desapareció al mismo tiempo. Paseé mis miradas en derredor para ver el efecto producido por esta escena en los asistentes; pero la calma que dominaba todas las facciones, me dió á entender que el espíritu había sido solo visible para mí.

Veinticuatro horas después el cuerpo de Fulgencio volvía al seno de la tierra; yo fui uno de los cuatro religiosos designados para colocarle en la tumba destinada á su último sueño; estaba situada en el trascoro de nuestra iglesia. Repetidas veces había visto la piedra larga y estrecha que marca su centro, es la que está grabada esta extraña inscripción: «*Hic est veritas.*»

—Esta inscripción dije interrumpiendo al padre Alejo, ha cautivado muchas veces mis miradas y distraído mis pensamientos durante el rezo. Apesar mio, trataba de penetrar el sentido de una divisa que me parecía opuesta al espíritu del cristianismo. ¿Cómo, me decía yo, puede estar la verdad encerrada en un sepulcro; que lecciones pueden pedir los

vivos al polvo de los cadáveres; no deben nuestras miradas dirigirse al cielo desde que la chispa de la vida, ha dejado nuestra carne mortal y el alma ha roto sus lazos?

—Ahora, repuso Alejo, puedes comprender el sentido misterioso de ese epitafio. Espiridion, en su entusiasmo por Bossuet, lo había hecho inscribir como has visto en el dorso del libro que el pintor de su retrato le colocó en la mano. Cuando después siguiendo los impulsos de su buena fé, hubo cambiado por última vez de opinión queriendo en cambio de las variaciones de su espíritu, atestiguar la constancia de su corazón, resolvió conservar su divisa y en la hora de la muerte exigió que se grabase sobre su tumba ¡Noble celo de un espíritu valiente al cual nada puede separar de su conquista y que desea dormiren la tumba con la verdad que ha conquistado, como el guerrero con el trofeo de su victoria! Los frailes no comprendieron que aquella protesta del moribundo no se refería ya Bossuet; algunos meditaron con desconfianza sobre el sentido de aquellas tres palabras; sin embargo nadie se atrevió á dirigir contra ellas una mano profana, tan grande era, el respeto y el temor que hasta en el sepulcro inspiraba el abad.

El día de las exequias de Fulgencio, se levantó aquella losa y bajamos la escalera de la tumba, pues al lado de donde reposaba Espiridion se había reservado un sitio para el amigo Fulgencio. Tal había sido la última voluntad del maestro. El ataúd de encina que llevábamos era muy pesado; la escalera rápida y resbaladiza, los hermanos que me ayudaban débiles adolescentes, turbados quizá por la

lúgubre solemnidad que les tocaba llevar á cabo. La hacha temblaba entre las manos del que iba delante; uno de los conductores tropezó y cayó dejando escapar un grito al que contestaron los gritos de sus compañeros. Cayósele el bach al guía y medio apagada en el suelo difundia sobre todos los objetos una incierta luz, cada vez mas siniestra. El horror de este instante fué extremo para unos jóvenes tímidos, educados en las supersticiones de una fé grosera y prevenidos contra la memoria del abad por las absurdas acusaciones que respecto de él rodaban aun por el claustro. Creyeron que el espectro de Espiridion iba á alzarse á su vista, ó que despertando el maligno espíritu iba á escaparse de la tenebrosa huesa en lívidas llamas. En cuánto á mí mas robusto de cuerpo, ó mas firme de espíritu, sentí vivísima emoción, pero despojada de terror alguno, me acercaba á las reliquias de aquel grande hombre con una especie de placentera veneracion. Cuando mi compañero cayó, yo solo sostuve los respetables restos de mi maestro; mas habiéndose dejado caer tambien los dos que nos fuí arrastrado por la sacudida impresa á tan pesada carga y con el féretro de Fulgencio, dí contra el féretro de Espiridion. Levantéme enseguida, pero al apoyar mi mano en el sarcófago de plomo que contenia las cenizas del abad, quedé en extremo sorprendido de sentir en lugar del frio metálico, un calor que parecia tener vida. Tal vez era la sangre de una ligera herida que me habia hecho en la cabeza y de la cuál algunas gotas cayeron sobre el ataud. De momento no sentí la herida y trasportado por una simpatía extraña inconcebible, abracé aquel sepulcro con la misma efusion

que si contra mi seno palpitante hubiese sentido estremecerse los secos huesos de mi padre. Levantéme apresuradamente al ver que un monge se habia presentado en medio de esta escena de terror, recogiendo el hacha.

No recuerdo aun sin una especie de vergüenza los pensamientos que me animaron durante la noche que siguió al entierro de Fulgencio, mientras meditaba arrodillado sobre su lápida. Conservaba muy viva la memoria de Espiridion, alucinado por el prestigio de su audacia intelectual y por ese su maravilloso poder cuya influencia le sobrevivía tantos años, me sentí poseido de pronto de un ardiente deseo de seguir sus huellas. La juventud es orgullosa y temeraria y los niños creen que no hay mas que abrir la mano para coger los cetros que los muertos han empuñado. Ya me veía yo abad del convento como Espiridion, dueño de su libro, asombrando al mundo entero por mi ciencia y mi sabiduria. Ignoraba cuál era su doctrina, pero fuese cuál fuese la aceptada anticipadamente como engendrada por la mas potente cabeza de su siglo. Entusiasmado con estas ideas me levanté instintivamente para irme á apoderar del libro y procuraba ya menear la piedra, cuando en el momento de tocarla sentíme repentinamente detenido por el pensamiento de que iba á cometer un sacrilegio; todos mis escrúpulos religiosos desapercibidos por un instante volvieron á asaltarme y salí de la iglesia como un encantado, atormentado y horrorizado al propio tiempo. El orgullo humano y la sumision cristiana pugnaban dentro de mí, no sabia aun cuál de los dos venceria, pero desde luego me pareció que el sentimiento que

en una hora tanta fuerza como otro diez años sucumbiría con dificultad. Esta lucha interna duróme muchos días; por fin acudió la inteligencia á socorrer el orgullo y determinó la victoria. La fé huyó ante la razon, como la obediencia huía ante la ambicion.

Sin embargo no fué de repente y sin deliberar que abjuré la fé católica. Cuando concedí á mi espíritu el derecho de examinar su creencia, estaba aun adherido de tal modo á esta misma creencia, que me lisonjeé de hacerla salir mas poderosa del crisol del estudio y de la meditacion. Si todo viniese al suelo al primer choque de la inteligencia, decíame á mi mismo, seria un pobre y frágil edificio ese de la fé. La ley que prescribe someter el entendimiento ante los misterios ha debido promulgarse para débiles cabezas. Los misterios divinos solo pueden ser sublimes figuras cuyo sentido demasiado vasto asustaria y destruiría los cerebros pequeños; no es posible que Dios haya dado á la sublime inteligencia del hombre por guia el miedo y por dominio las tinieblas; esto seria ultrajar á Dios; para los profetas la letra ha debido ser tan clara como el espíritu; y siendo esto así ¿por qué el alma que se siente desprendida de de la tierra y ansia volar hácia las altas regiones del pensamiento no puede intentar seguir las huellas de los profetas? Cuánto mas se penetrarán los misterios tanta mas fuerza y luces se hallarán para contestar á los argumentos del ateismo; no hay que temer cuando la voluntad es firme y el fin sublime.

¿Quién sabe, añadia yo, si el libro de Espiridion es un monumento elevado á la gloria del catolicismo? A Fulgencio le ha faltado valor; si hubiese tenido bastante ánimo para apoderarse de la ciencia

de su maestro, quizá hubiera visto cesar todas sus dudas y sobresaltos ¿Quién sabe si despues de muchas pesquisas y perplejidades, iluminado Hebrónius por una nueva luz y reanimado por imprevista fuerza, ha proclamado en su último escrito el triunfo de las mismas ideas que hace diez años estaba alambicando. Acordéme entonces de la fábula del labrador que confiesa á sus hijos la existencia de un tesoro enterrado en su campo, á fin de estimularles á trabajar esa tierra cuya fecundidad ha de formar su riqueza. La idea de Espiridion, proseguia conmigo mismo, habia sido esta: No creais los unos por la fé de los otros, ni como animales privados de razon sigais el sendero trillado por los que caminan delante: abrid vosotros mismos vuestra camino hácia el cielo; todo camino conduce á la verdad á quien anima una intencion pura y no le ciega el orgullo. La fe no tiene verdadera eficacia hasta que se admite libremente, ni firmeza real hasta que satisface los deseos y llena las potencias del alma.

Resolví pues dedicarme á sérios y profundos estudios sobre la naturaleza de Dios y la del hombre y no recurrir al libro de Hebrónius hasta el último extremo, es decir en caso de que considerando mis fuerzas inferiores á tan árdua tarea, sintiese cambiar sin duda en desesperacion y no bastasen mis facultades agotadas para concluir el resto de mi carrera.

Esta resolucion lo conciliaba todo, la curiosidad que en mí despertaban los misterios de la ciencia y mi conciencia que aun permanecía ligada á los de la fé. Antes de llegar á esta conclusion habia

sufrido mucho y me habia encontrado agitadísimo. En el entusiasmo que me causó me dejé arrastrar á una manifestacion enteramente católica de mi nueva filosofía. Hice un voto. Juré no recurrir al libro de Hebronijs ántes de llegar á los treinta años, aun cuando ántes me asaltasen las mas punzantes ideas, ó me ilustrasen, por lo menos en apariencia, las mas vivas certezas. Esta era precisamente la edad en que Espiridion habia llegado al apogeo de su fervor católico, en que despues de haber abjurado dos creencias se adhirió á la tercera con una indisoluble consagracion. Contaba yo entónces veinticuatro años y calculaba que seis años bastarian para mis estudios. En esta disposicion de ánimo, arrodilléme de nuevo sobre la piedra que en el convento denominaban *Hic est*. Allí en medio del silencio y el recogimiento pronuncié en voz baja un terrible juramento, dando mi alma á la eterna condenacion y mi vida al irrevocable abandono de la providencia si tomaba en mis manos el libro de Hebronijs, antes del invierno de 1766. No quise pronunciar aquel juramento en las sombras de la noche, desconfiando de la turbacion que la solemnidad fúnebre de ciertas horas difunde en el corazon del hombre, quise obligarme á las doce del dia con un sol brillante. Hacia un calor sofocante y el prior habia concedido, como suele concederse en tal estacion, una hora de siesta á toda la comunidad. Estaba, pues, enteramente solo en la iglesia; profundo silencio reinaba por todas partes; ni siquiera hácia afuera, se oia el acostumbrado ruido de los jardineros, hasta las avejillas habian enmudecido en una especie de extático recogimiento.

Dilatábase mi alma en orgulloso entusiasmo y vagaban por mi cerebro las ideas mas risueñas mientras audaz confianza heria mi pecho. Mi vista erraba sobre los objetos prestandoles desconocida belleza. Las doradas y plateadas telas del tabernáculo relucian como si celeste luz hubiese descendido sobre el santo de los santos; los pintados vidrios encendidos por el sol reflejaban en el pavimento formando entre columna y columna ancho mosaico de diamantes y piedras preciosas; los ángeles de mármol parecian haberse ablandado como cera é inclinaban sus frentes, ocultando bajo las encantadoras alas aquellas sus cabezas fatigadas por el peso de las cornisas; las acompasadas y misteriosas pulsaciones del reloj se asemejaban á las fuertes vibraciones de un pecho abrasado de amor y la llama blanca y mate de la lámpara que arde ántes el altar, luchando con la esplendente claridad del dia, era para mí el emblema de la inteligencia encadenada en la tierra, la cuál sin cesar aspira á confundirse con el eterno foro de la inteligencia divina. En estos momentos de beatitud física é intelectual fué cuando pronuncié á media voz la fórmula de mi voto; mas apenas habíala empezado cuando oí abrirse suavemente la puerta sita en el fondo del coro y unos pasos que reconocí resonaron en el santo lugar con indescriptible armonía; jamás pasos algunos pudieron compararse á aquellos. Acercáronse hácia mí y no se detuvieron hasta llegar al sitio en que estaba yo arrodillado. Transportado de gozo levanté respetuoso la voz y acabé distintamente la fórmula que habia interrumpido; al terminarla, me volví creyendo hallar de pié detrás de mí al que

habia visto ya en el lecho fúnebre de Fulgencio, pero no ví á nadie. El espíritu se habia manifestado á uno solo de mis sentidos; probablemente no era digno aun de verle; comenzó de nuevo su invisible marcha y pasando por delante de mí se perdió poco á poco á lo léjos. Cuando me pareció haber llegado á las rejas del coro, todo quedó otra vez silencioso.

Pesóme entonces no haberle dirigido la palabra, quizá me hubiera contestado, quien sabe si le habia disgustado mi silencio, si esperaba mas espontaneidad en mi corazon para manifestarse mas; apesar de estas reflexiones no me atreví á seguirle ni á invocar su vuelta pues el propio tiempo que una irresistible simpatía hácia él, sentía tambien gran temor, no ese temor pueril que sienten los hombres débiles ante una perturbacion cualquiera de los hechos comunes accesibles á sus limitadas percepciones: esas perturbaciones excepcionales que el vulgo equivocadamente denomina sobrenaturales, por inexplicables que fuesen á causa de mi ignorancia, no me asustaban, pero el respeto que despues de su muerte, me inspiraba aquel hombre superior, le hubiese experimentado en igual grado, de conocerle durante su vida, no pensaba yo que alguna potencia invisible le hubiera concedido el derecho de dañarme ó aterrorizarme; persuadíme al contrario de que en su estado de puro espíritu debia de leer y comprender lo que acontecia en mi interior con mayor fuerza y penetracion, que si su alma hubiese estado aprisionada por la materia. Al revés de esos caracteres pusilámines que á su vista hubieran temblado, solo temia parecerle poco digno

de gozar por segunda vez de su presencia. Cuando aquel dia perdí la esperanza de contemplarle quedé triste y abatido. Llegué á convencerme de que el amigo de Fulgencio no habia muerto en la heregia y que su alma no sufría los tormentos del purgatorio, sino que gozaba en los cielos de eterna beatitud; sus apariciones eran pues una gracia, una bendicion del Altísimo, un milagro hecho á favor de Fulgencio y de mí; todo esto era para mí suave y glorioso recuerdo, pero no me atrevia á pedir mas de lo que se me habia concedido.

Desde aquel dia aplíqueme ardorosamente al estudio y en menos de dos años devoré todos los libros de nuestra biblioteca que trataban, de ciencias, de historia y de filosofia; cuando hube dado este primer paso, comprendí que solo habia girado alrededor del reducido círculo en que el catolicismo habia encerrado mi vida pasada; no se me ocultó lo poquísimo del resultado obtenido y sentíme fatigado; mi espíritu estaba hastiado y aplastado por el peso de aquellas controversias tan increíblemente sútiles y pacientes de la Edad Media, cuyo estudio emprendí animosamente. Mi confianza en la infalibilidad de la Iglesia no habia tenido que sostener el menor combate, pues que todos aquellos escritos tendian á proclamar y defender los oráculos de Roma; pero precisamente esa lucha sin adversario y esa victoria sin peligro me dejaban frio y descontento. Mi fé habia perdido aquel arriesgado vigor, aquel encanto de sublime poesía de que antes gozaba. Los luminosos rayos de génio, que á través de aquel fárrago de estudios escolásticos brillaban, no compensaban la inútil verbosidad de la mayoría de

ellos; por otra parte esas vehementes reputaciones de doctrinas que estaba vedado examinar; no podían satisfacer á un espíritu que se había impuesto la tarea de conocer y comprender por sí mismo. Resolví pues leer los escritos de los herejes. La biblioteca del convento no estaba colocada como hoy día en muchas piezas bajo una misma llave: la colección de autores herejes, impíos y profanos tantas veces consultada por Espiridion, estaba sepultada en una pieza inaccesible para los religiosos jóvenes y muy lejos de la sagrada; era un gabinete reservado, situado al extremo final de la gran sala del capítulo, aquella misma en la cuál el abad Espiridion se había paseado antes y después de su muerte en horas determinadas. Esta preciosa colección era objeto de horror y de espanto para unos, de indiferencia y desprecio para los más. Un estatuto del fundador prohibía su destrucción: la ignorancia y la superstición la custodiaban. Desde el tiempo de Hebronius, yo fui quizá el primero que se atrevió á sacudir el polvo de esos venerables libros.

No tomé semejante resolución sin un secreto terror, pero fuerza es añadir que en ella iba envuelta una ardiente curiosidad llena de alegría. La solemne emoción que experimenté pues al entrar en aquel santuario participaba más de dicha interna que de angustia; atravesé el umbral tan absorto en íntimas sensaciones que ni aun me acordé de pedir permiso á mis superiores. Como puedes pensar, querido Angel, tal permiso no se obtenía fácilmente y aun es posible que no hubiese habido nunca necesidad de concederlo, pues creo que ninguno de los nuestros tuvo jamás valor para pedirlo ó arte para

hacérselo otorgar. En cuanto á mí ni tan siquiera me pasó por las mentes cumplir tal requisito. La lucha que se había levantado dentro de mí, cuando mi sed de ciencia se encontró en pugna con las resistencias de mi fé, era de mucho mayor importancia que todos los combates en que hubiera podido empeñarme contra los hombres. En esta circunstancia como desques en todo el curso de mi vida, noté que estaba dotado de una singular indiferencia hacia las cosas exteriores, y que el único ser capaz de aterrorizarme era yo mismo. Hubiera podido penetrar en aquel asilo durante la noche, por medio de alguna llave falsa, tomar los libros que hubiese querido ver, llevármelos y ocultarlos en mi celda. Ese disimulo y esa prudencia eran cosas contrarias á mi carácter. Entré á la luz del día, á las doce, en la sala del capítulo, recorrí en toda su longitud con paso seguro, sin mirar si alguien me seguía; dirigíme en derechura á la puerta. . . . puerta fatal sobre la que el destino había escrito para mí las fatídicas palabras del Dante:

Per me si va nell' eterno dolore.

Empujéla con tal resolución y vigor que cedió aun cuando estaba asegurada por una fuerte cerraja: entré; mas al instante me detuve lleno de sorpresa: había alguien en la biblioteca, alguien que no se movió, que no pareció notar el ruido de mi entrada, que ni tan siquiera levantó los ojos hacia mí; alguien que yo había visto ya una vez y que nunca podía confundir con ningún otro. Estaba sentado en el alfeizar de una alta ventana gótica y el sol con sus rayos envolvía su hermoso y brillante pelo rubio. Parecía estar leyendo atentamente. Contem-

pléle inmóvil durante medio minuto; luego hizo un movimiento para arrojarme á sus piés, pero me encontré de rodillas ante un sitio vacío: la vision se habia desvanecido entre los rayos del sol.

Quedé en tal estado de turbacion que durante aquel dia no pude pensar en abrir libro alguno; aun cuando no me lisonjease de volver á ver al *Espíritu* aguardé algunos instantes; halléme entusiasmado y fortalecido por aquella rápida manifestacion de su presencia. Quedé un momento pensando si le habia disgustado mi audacia, pero luego me persuadí que de ser así, no dejaria de avisármelo por algun nuevo fenómeno. Nada extraordinario aconteció y todo estaba á mi alrededor en tan completa calma que por un instante dudé de la realidad de la aparicion, llegando á pensar que solo mi imaginacion habia producido aquella figura.

Al dia siguiente volví á la biblioteca sin inquietarme por lo que pudo tener lugar cuando los guardianes encontraron la puerta abierta y la cerradura rota. Todo en la sala estaba desierto y silencioso; la puerta estaba cerrada con el pestillo como yo la habia dejado y parecia que aun no se hubiese observado la fractura. Entré pues sin resistencia, cerré la puerta y comencé á recorrer con la vista los títulos de los libros que en tropel se ofrecian á mis miradas. Apoderóme primero de los escritos de Abelardo y leí algunas páginas, pero pronto la campana que nos llamaba á los oficios dejó oír su sonido y apesar de la repugnancia que sentia en obrar á escondidas, me determiné á llevarme aquella preciosa obra debajo de mi hábito. Sólo se permitia entrar en la sala del capítulo durante una hora y rato tan cor-

to no era para satisfacer mi ardor. Comencé á reflexionar sobre la posibilidad material de estudiar sin ser interrumpido y resolví obrar con prudencia. Esto no hubiera sido difícil, de haberme yo podido humillarme hasta implorar el beneplácito de los superiores, pero esto fué una cosa á la que jamás pudo doblegarse mi orgullo, hubiera sido preciso decir que lleno de una fé inquebrantable, me sentia llamado á refutar victoriosamente la herejia, lo cuál no era verdad: experimentaba la necesidad de instruirme para mí mismo y agotada ya por mí la ciencia católica, veíame impulsado hácia nuevos estudios, por amor á la sabiduría y no por el ardor de la predicacion.

Devoré los escritos de Abelardo y lo que nos queda de las opiniones de Arnaldo de Brescia, de Pedro Valdo y de otros herejes célebres de los siglos doce y trece. La libertad de exámen y la autoridad de conciencia proclamadas hasta cierto punto por esos hombres ilustres se hallaban entonces tan conformes con los deseos de mi alma, que fui arrastrado mas allá de lo que habia previsto. Entró entonces mi espíritu en una nueva fase y apesar de cuánto he padecido en las diversas trasformaciones que he sufrido, apesar de la dolorosa agonía en que termino mis días, diré que éste fué el primer grado de mi progreso. Sí, Angel, por muy dolorosos que sean los suplicios que ha de sufrir un alma al buscar la verdad, su deber es ir tras ella sin parar y vale mas cegar contemplando el sol que cerrar los ojos voluntariamente al resplandor de la luz. Despues de haber sido teólogo católico bastante instruido, vine á parar en herege apasiona-

do, tanto mas irreconciliable con la Iglesia romana, cuánto que á ejemplo de Abelardo y de los demas maestros míos tenia una íntima y sincera conviccion de mi ortodoxia. Allá en lo mas recóndito de mis pensamientos, estaba yo convencidísimo de que tenia el derecho y aun el deber de no adoptar por artículo de fé, nada cuyos principios y cuya utilidad no hubiese comprendido. El modo con que aquellos filósofos consideraban la inspiracion divina de Platon y la santidad de los precursores de Cristo me pareció el único conforme con la bondad, la equidad y la grandeza de Dios. Condenaba sériamente á los hombres de la Iglesia contemporánea de Abelardo y pensaba que en el concilio de Sens, el espíritu de Dios habia estado con él y no con ellos. Si mi pensamiento no destruia todavía por entero el edificio del catolicismo era porque por una transaccion muy propia de mi espíritu, admitia que en aciagos dias pudo la Iglesia engañarse y que si los sucesores de esos prelados extraviados comulgaron en los mismos principios fué por un motivo de disciplina y de prudencia puramente humano y político. Decíame á mi mismo que yo en lugar del papa reconoceria tal vez la imposibilidad de rehabilitar públicamente la doctrina de Abelardo y de su escuela, pero que seguramente no prohibiria por mas tiempo la lectura de sus escritos y ocultaria mi simpatía hácia ellos bajo el velo de la tolerancia. A decir verdad, razonaba harto infelizmente porque zapaba toda la autoridad de la Iglesia, sin pensar en salir de la Iglesia misma. Atraía sobre mi cabeza las ruinas de un edificio que solo exteriormente podia atacar-

se. Estas contradicciones extrañas no son raras en los espíritus sinceros y lógicos. Una malevolencia adquirida por la costumbre hácia el cuerpo de la Iglesia protestante, un apego instintivo y rutinario hácia la Iglesia romana, les hacen desear la conservacion de su cuna, mientras que la irresistible potencia de la verdad y la necesidad de una justa independenciam transforman y agrandan en el cuerpo que no puede ya caber en aquel pequeño lecho. En medio de todas estas contradicciones se me escapaba el punto principal; no veía que ya no era católico. Concediendo á los herejes, principios de pura ortodoxia, concentraba en ellos todo mi fervor y mi entusiasmo por su grandeza, mi compasion por sus infortunios me condujeron á igualarlos á los Padres de la Iglesia y aun á cuidarme mas de ellos que de estos últimos porque estos habian llevado á cabo una especie de monopolio en mi vida y sentia la necesidad de adquirir nuevos amigos.

Decir que pasé á admitir las doctrinas de Michel, de Juan Huss, las de Lutero, luego, parando de ahí en el escepticismo, es referir la historia del espíritu humano durante los siglos que me han precedido y que por un encadenamiento de necesidades lógicas, reasumió mi vida intelectual con bastante fidelidad. Despues del protestantismo no podia ya volver á mi punto de partida: mi fé en la revelacion se conmovió, mi religion tomó una forma enteramente filosófica; volví la vista hácia los filósofos antiguos; quise comprender á Pitágoras y Zoroastres, Confucio, Epicúreo, Platon, Epicteto; en una palabra á todos los que habian dedicado su

existencia á conocer el origen y el destino humano antes de la venida de Jesucristo.

En un cerebro entregado á estudios tranquilos y no interrumpidos, en una alma que no recibe de la sociedad viviente impulso alguno y que en una serie de dias semejantes saca gota á gota su vida celeste de un manantial siempre límpido y lleno, las trasformaciones intelectuales se verifican insensiblemente, sin que sea posible marcar el límite exacto de cada una de sus fases. Lo mismo que de un niño pequeño que eras, mi querido Angel, te has vuelto por una graduacion incesante, pero inapreciable á tu diaria atencion, un adolescente y luego un jóven lo mismo me volví yo de católico, reformista y de reformista filósofo.

Hasta entónces todo habia ido bien: mientras aquellos estudios fueron puramente históricos experimenté las mas íntimas y vivas satisfacciones. Era para mí un inefable placer penetrar, desprendido de las reservas y de las restricciones católicas, en la existencia sublime de tantos grandes hombres desconocidos hasta entónces y en la magnífica claridad de tantas escogidas obras hasta entónces no comprendidas; pero cuánto mas conocimientos de estos adquiria, tanto mas sentia la necesidad de optar por un sistema porque me parecia imposible establecer un lazo entre tantas creencias y doctrinas diversas. No me era ya posible creer en la revelacion, despues que tantos filósofos y sábios se habian levantado á mi alrededor y me habian dado tan grandes lecciones sin vanagloriarse de haber tenido comercio alguno exclusivo con la divinidad. No me parecia San Pablo mas inspirado

que Platon, ni Sócrates menos digno de redimir las culpas del género humano que Jesús de Nazaret; no me parecia la Judía mas ilustrada que Judea acerca de las ideas sobre la divinidad; Júpiter considerándolo bajo la idea que los grandes espíritus del paganismo habian tenido de él no me parecia un Dios inferior á Jeovah. En una palabra, al propio tiempo que conservaba la mas alta veneracion y el mas puro entusiasmo por el Crucificado, no encontraba razon ninguna para que fuese él el hijo de Dios más bien que Pitágoras y para que los discípulos de este no fuesen apóstoles de la fé lo mismo que los discípulos de Jesús. En fin para abreviar, leyendo los reformistas habia dejado de ser católico, leyendo los filósofos dejé de ser cristiano.

Guardaba para toda religion una creencia llena de deseo y de esperanza en Dios, el sentimiento inalterable de lo justo y de lo injusto, un gran respeto hácia todas las religiones y hácia todos los filósofos, el amor al bien y la necesidad de conocer la verdad. Tal vez hubiera podido permanecer en aquella situacion y vivir bastante apaciblemente con aquellos grandes instintos y mucha humildad; pero he ahí lo que quizá es imposible á un católico, he ahí en lo que difiere esencialmente la historia de un individuo de la historia de las generaciones. El trabajo de los siglos modifica la naturaleza del espíritu humano y llega con el tiempo á trasformarlo. Los padres se despojan muy lentamente de sus errores y sin embargo transmiten á sus hijos nociones mucho mas puras que las que han recibido porque ellos mismos permanecen has-

ta el fin de sus días, impedidos por la costumbre y ligados á lo pasado por las necesidades de espíritu que lo pasado les ha creado, mientras que los hijos nacen con otras necesidades y se acostumbran á otros hábitos y al declinar sus días no pueden impedir que nuevas luces se deslicen, las cuales solo por una tercera generacion serán recogidas y purificadas. Así un mismo hombre no encierra en grados semejantes lo pasado, lo presente y lo porvenir de las generaciones. Si su presente se ha formado de lo pasado con algun trabajo y sabiduría, lo porvenir puede existir en él como un germen, pero sean cuales fueren su génio y su virtud no probará el fruto. Así en este conocimiento siempre incompleto y confuso de la verdad eterna, los hombres han podido pasar á través de los siglos del cristianismo del de San Pablo al de San Agustín, del de San Bernardo al de Bossuet, sin cesar de ser, ó al menos, sin dejar de creerse cristianos. Esas revoluciones se han llevado á término en el tiempo que era necesario; mas el cerebro de un solo individuo no hubiera podido sobrellevarlas, ni llevarlas á cabo él mismo sin quebrarse ó sin salirse fuera de la línea en que la sucesion de los tiempos y el concurso de los trabajos y de las voluntades han sabido mantenerlas.

¿Qué situacion pues tan terrible la mia! En el siglo diez y ocho habíanse educado en el catolicismo de la edad media y á los veinticinco años ignoraba tanto la antigüedad como un monge mendicante del siglo undécimo. Del seno de esas tinieblas habia querido abrazar de una ojeada lo porvenir y lo pasado, digo lo porvenir porque ha-

biéndome quedado por mi ignorancia seis cientos años atrasado todo cuanto figuraba en lo pasado para los otros hombres se presentaba à mí revestido de los deslumbradores rayos de lo desconocido. Me encontraba en la posicion de un ciego que recobrando repentinamente la vista á medio dia quiere, antes de llegar la noche y empezar el dia formarse idea de la salida y puesta del sol; ese espectáculo existia en lo pasado y persistia en lo porvenir, por mas que hubiese tenido lugar ante sus ojos inertes. Así el católico cuando abre los ojos del espíritu á la luz de la verdad, queda deslumbrado y oculta la cara entre las manos, ó bien sale de la verdadera vía y se despeña en los abismos. El católico no se adhiere á nada en la historia del género humano y no sabe hacer solidario el cristianismo; imaginase ser el principio y el fin de la raza humana; para él solo se ha creado la tierra; para él han pasado innumerables generaciones sobre la superficie del globo como sombras vanas, volviendo á caer en la eterna noche á fin de que su condenacion le sirviese de ejemplo y de leccion; para él descendió Dios á la tierra bajo forma humana; para gloria y salvacion del católico se llenan incesantemente de víctimas los abismos del infierno, á fin de que el juez supremo vea y compare y el católico educado en el esplendor del Altísimo triunfe y goce en el cielo del llanto eterno de los que no han querido someterse en la tierra; así el católico no tiene ni padre, ni madre, ni hermanos en la historia de la raza humana; se aísla y vive alimentando ódio y soberbio desprecio hácia todo lo que no está conforme con él; excep-